DISCURSO EN EL NATALICIO DEL
LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

FRANCISCO JIMENEZ ARRAIZ

F. JIMENEZ ARRAIZ

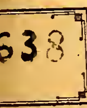
DISCURSO

EN EL

NATALICIO DEL LIBERTADOR

SIMON BOLIVAR





TIP. AMERICANA - 1917
CARACAS



F. JIMENEZ ARRAIZ

DISCURSO

EN EL

NATALICIO DEL LIBERTADOR

SIMON BOLIVAR



TIP. AMERICANA - 1917
CARACAS

Lo pronunció su autor en el Salón del Concejo Municipal de Caracas, el 24 de julio de 1917, 134° aniversario.

Al D. Faustino Rodríguez San Pedro
el Autor

OBSEQUIO DE LA TIPOGRAFIA AMERICANA

AL BENEMERITO JEFE DE LA REHABILITACION NACIONAL

EN EL ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

24 DE JULIO DE 1917

Ciudadano Ministro de Relaciones Interiores, representante del Ejecutivo Federal:

Ciudadano Secretario de Gobierno del Distrito Federal, representante del señor Gobernador:

Ciudadano Presidente del Concejo Municipal:

Señores:

Un deber, cuyo cumplimiento yo no podía rehuir, me trae a esta tribuna y me ocasiona el honor de llevar la palabra en este día cuya trascendencia moral ha sido ya bien calculada en el cómputo de los valores humanos para los destinos de un pueblo, ora sean los de la patria los linderos de ese pueblo, ya se dilaten por todos los ámbitos de América los horizontes de esa patria.

Y asumo gustoso el deber, aunque tímido emprendo la jornada.

Pero, y por qué, entre tántos, en las necesidades de estos actos, han de ser los de

mi falange los escogidos?.. ...Acaso porque, según las palabras del Salvador, «No sólo de pan vive el hombre», y mi falange es la de los que están siempre de presente, para recibir el suyo, cuando se distribuye el pan del espíritu, y la única que puede y sabe hacer el abasto de las hambrientas filas; los otros para otras alturas, donde no es el verbo patriótico de esta hora el pájaro que canta en el ramaje de la cumbre, ni es el vuelo del pensamiento la ráfaga que perfuma los verdores de la fronda.

Debo corresponder a la cariñosa designación, y para demostrar que no se anduvo errado en su escogimiento quien me lanzó por esta escalera arriba, ha de surgir de mi palabra el recuento de una gloria, como de un bosque sacudido en la cúpula de su ramaje un vuelo de pájaros cantores desplegando en los aires, como una bandera, las maravillas de su plumaje; ha de surgir de esta tribuna, como de lo alto de una fortaleza en triunfo el canto de un clarín de guerra al pie del estandarte vencedor, el nombre inmarcesible ante el cual se yerguen, para saludarlo, todos los símbolos de la gloria y se engalanan de alegría, para amarlo, todos los corazones: Simón Bolívar!.........

Yo no voy a ceñirme a tema alguno: sería como una gota de agua suspendida sobre el ánfora del Océano. Desplegaré mi fantasía, mi vela blanca, sobre las maravillas del piélago, y ya veremos, desde mi nave, el fresco amanecer, junto a la ribera que proyecta el ensueño de su sombra verdi-oscura sobre las ondas azules y tranqui-

las, como una sonrisa en la visión de una alma que sueña, que así ha debido destacarse el amor de su Teresa en la imaginación del futuro Paladín, prendido en ella como el candor de una azucena sobre el bronce de un escudo. Ya veremos, desde mi nave, pasar la airosa carabela, con sus velas desplegadas, como alas blancas, hacia los horizontes de América, como aquellas que nos trajeron la fe del Cristianismo, la esperanza de la civilización y la caridad de esta lengua nuestra que nos une desde México hasta el Plata, misteriosa trinidad en cuyo seno conocimos a Dios, nos hicimos una Patria y se fue el heroico Paladín enseñando Libertad por todos los caminos de América, como lo vieron llegar, infatigable Quijote, llenas de ensueño las riberas del Magdalena, llenas de rumores las costas de Ocumare, llenas de perlas las playas de Margarita. Ya veremos el airoso bergantín, velas a la bolina, desafiando el temporal que cimbra su arboladura, le hunde el casco en el vientre de las ondas, pone al aire el movimiento de su timón y castiga con la furia de sus alas la resistencia del intruso, que al fin gallardea su triunfo en las quietudes del remanso, pues Bergantín de la Libertad, al Paladín Libertador lo ven pasar, cruzando lo ignoto de su rumbo a toda vela, Taguanes, Bárbula, Vigirima y Araure: azotado del vendabal Barquisimeto, la Puerta y San Mateo; desmantelado, Aragua, Barcelona y Cumaná; de nuevo sobre las ondas bravías, vigorosamente carenado, Barcelona, Maturín y Angos-

tura; rompiendo las olas formidables Calabozo, Semen y Ortiz; locamente audaz y heroico los aguazales del Meta, el páramo de Pisba, los Corrales de Bonza, Pantano de Vargas y el puente de Boyacá; virar en redondo Santa Fe de Bogotá, que lo había recibido ostentosa; airosamente empavezado Santa Ana de Trujillo; gallardo y arrogante las cuestas de la Cordillera, las selvas de Guasdualito, los llanos de Barinas y las sabanas de Cojedes; arrollador y formidable el alma de América en el campo de Carabobo; entre los lanceros de Páez, los tercios de la Legión Británica y los irreductibles hispanos del Valencey la ciudad del lago............ y el Avila se empina y se descubre para verlo llegar!............

Caracas lo había visto pasear sus calles, recorrer su vega florida, cruzar las faldas de sus colinas, remontar su Avila, ahorcajado en su borrico, tras el Licenciado Sanz, grave y taciturno ante el futuro creador de Patrias; ella lo había visto, linajudo y presumido en la gallardía de sus 15 años, gala y alegría de sus salones; ella lo había visto enredados todavía en los encajes de la casaca los azahares de la novia; ella lo había visto salir, triste y congojado, camino del destierro; ella lo había visto regresar entre laureles, en la Campaña Admirable: delante, sonoro, el clarín de los Horcones; detrás, silencioso, el cañón de Niquitao, y en medio, bajo la bandera de Bárbula el corazón de Girardot; ella lo había visto, perseguido por Boves, escapar de nuevo, a la cabeza del desfile siniestro, como un es-

pectro bajo las negras alas del desastre, silencioso en su camino de amargura.......

Vigorosa reconcentración de ocultas y misteriosas fuerzas, su acción es el resultado de un mandato imperativo e irrevocable, que no admite guía ni molde, por lo que nada hay como él en los dominios de la historia, ni existe en lo presente ni se presiente en lo porvenir aptitud ni voluntad capaces de hacer obra de semejantes rasgos.

Siempre igual en su pensamiento, en su ímpetu y en su acción, fué siempre admirable y deslumbrador, con el vívido y rápido deslumbramiento del rayo, siempre igual y siempre nuevo y admirable: como cuando en la plaza de San Jacinto, a todo estremecerse todavía las almas bajo el sacudimiento del planeta, le grita al fraile: *Aunque la naturaleza se oponga, venceremos;* cuando en San Mateo desensilla su caballo bajo los fuegos enemigos: *Aquí, entre vosotros, moriré yo el primero;* Cuando en Trujillo escribe el siniestro mensaje: *Españoles y canarios, contad con la muerte aunque seáis inocentes; americanos, contad con la vida aunque seáis culpables;* cuando bajo los laureles del Sur grita a sus soldados, que ya jadean bajo el peso de tánta gloria: *Soldados! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!;* cuando en sus labios de enfermo estalla aquel *¡Triunfar!*, de Pativilca, como el chispazo de un relámpago ante el presagio de Junín.

Tuvo, en su cuna, oro, incienso y mirra.

Inspiró un evangelio.

Hizo un apostolado.

Subió al Pretorio, y la historia dice cómo gritaban los deicidas del año 30, de un lado él y del otro Pedro Carujo, el asesino del 25 de setiembre de 1828 en Bogotá: «*¡Muera Jesús y sálvese Barrabás!*»

Y cuando el 17 de diciembre reclinó la cabeza del Paladín sobre las abolladuras de su escudo, juntó sus manos sobre la cruz de su espada y cubrió el cadáver con los flácidos pliegues de su bandera, se oyó en los aires, como el triste gemido de un dolor: «*Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña!*»......

Empero,......excusadme, señores: hoy no es día de tristezas, ni de recuerdos desalentadores, aunque encierren la más indiscutible verdad: día de alegres remembranzas sí, de efemérides hermosas, de pintorescas esperanzas! En el dolor, las lágrimas y la muerte de una generación están quizás el goce y la vida de las generaciones que vienen. La sombra, el dolor, la muerte, no son sino verdades relativas, estados transitorios, diversas manifestaciones de algo inmutable y permanente: luz, tranquilidad y vida.

Pongamos el corazón a la esperanza y demos al espíritu lo mejor de la hora, como se abren los ojos a la luz, así sea la luz de los cocuyos; como se llevan al olfato las corolas; como se rechaza la corteza, ruda y áspera, y se da a los labios el corazón de la manzana.

Esta fiesta, celebrada por este Gobierno que provisionalmente preside el señor Doctor Victorino Márquez Bustillos, nos induce más a ello, porque es una nueva manifestación de un brioso empeño de avivar más cada día la única luz de nuestras lobregueces del pasado, la única estrella que no se apagará en nuestro porvenir. Campanada espiritual que no ha dejado de oírse nunca en esta última década de nuestra existencia nacional, a tiempo que la doble labor gubernativa rehabilitadora, con encomiable afán, tan luego organiza el local de una escuela, como rompe un cerro y extiende el plano de un camino; tan pronto abre una academia, como remacha los estribos de un puente; así instala un laboratorio, cual construye un muelle; al mismo tiempo que un liceo abre los salones de sus aulas, extiende sus avenidas un paseo; y aquí protege una biblioteca, allí un canal, más acá una capilla, un acueducto, un laboratorio, y el plano de un proyecto, y hasta la fotografía de un sueño, y da a los aires la hoja de papel, como la bandera blanca de la paz y el trabajo. Y en asuntos de patria, a la vanguardia, y ni un paso atrás, y nunca en reposo. Parco en deificaciones, es verdad; acaso, y con razón, porque ha sido tan copiosa la usurpación de la inmortalidad; pero firme en la elección y alto en el concepto, como lo dicen los bronces de nuestras plazas, los lienzos de nuestro Salón Elíptico y las mismas naves de nuestro Panteón.

Por lo que he podido traer a colación el recuerdo del magistrado, estadista y patrio-

ta, centro generador de la obra que apenas he perfilado a grandes rasgos como lo pide este momento, y cuyo nombre, por rara y plausible coincidencia, se enlaza gratamente a los recuerdos placenteros de este día: hijo de nuestro medio, representativo de nuestra naciente alma nacional, fuerte suma de una multitud de energías, vigorosa reconcentración de una infinidad de inatajables corrientes, simbólica figuración de su época. Obra de sus contemporáneos, no llegó al poder llevado por su ambición, sino empujado por una multitud de fuerzas reconcentrativas de su voluntad y de su acción hacia ese fin. Ya en la cúspide, ha sido más fuerte y afortunado que todos sus enemigos, si no queremos decir más hábil, y ha sabido hacerse formidable, inconmovible. En la actuación de su vida pública se ha dado de compañeros y colaboradores los hombres que más se han distinguido por la fuerza de su inteligencia, hasta el extremo de que en el espontáneo desfile de voluntades que él ha visto pasar por delante de su prestigiosa figura de Caudillo, espontánea y anhelosamente han ido hacia él los que se han juzgado más aptos, los que se han creído más preparados y más diestros, y rodeado de estas superioridades de nuestro mundo intelectual y moral, ha hecho él su nombre de estadista, robustecido su reputación de magistrado, erguido su vigorosa figura militar.

Por lo que yo resumo la disertación de mi discurso en estas dos expresiones:

Simón Bolívar, el que contemplan nues-

tros ojos fulgurante y alto sobre todos los horizontes de la historia:

Juan Vicente Gómez, centro vigoroso de un presente de reconstrucciones patrias, índice demarcador de todas las esperanzas de su época.

Pero el día de hoy no es solamente día de efímeras alegrías de un instante; es momento algo más intenso y vital. Pensemos que en todo instante podemos hallarnos en el principio, en el primer momento de una etapa nueva, como quien empieza a vivir; y en una intensa renunciación de nuestros orgullos, de nuestras pasiones, de nuestros rencores, de nuestros anhelos de venganza, de nuestros dolores, de nuestros desalientos, deponiendo todo cuanto pueda hacernos menguar la fuerza del intento, encaminemos el espíritu, sumemos nuestras voluntades y en torno del hombre que es inequívoca representación de raza, de alma nacional y de momento histórico, demos al aire los pliegues de ese estandarte de tres colores que se llaman fe, esperanza y amor, y echemos a andar resueltamente hacia la Meca del ensueño: tras de ese horizonte azul verá su puerto, frente a su proa, nuestra nave, y ese puerto se llama ¡PATRIA!


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032390617